

lación a imitarlos. Porque la historia de los hombres que se distinguen en el estado es como una luz en el camino... Cuando leemos la historia de Moisés relatada por el Espíritu Santo, nos embarga la admiración por sus virtudes; nos parece bienaventurada la dulzura de sus maneras y verdaderamente digna de envidia... La vida de José es una exhortación a la continencia; la de Sansón, un llamamiento al valor. No es propio de la escuela divina los elogios académicos y sus reglas: un relato fiel hace el oficio de elogio y es suficiente para el panegírico de los santos y para edificación de los que quieren imitar sus virtudes (11).

El Salterio le parece a este respecto como la síntesis de los libros santos.

Toda la Escritura está inspirada en Dios y llena de utilidad (II Tim. III, 16). Nos es dada por el Espíritu Santo a fin de que en esta clínica espiritual, abierta a todos, vayamos a buscar cada uno el remedio de nuestras propias miserias: Cosas distintas son las enseñanzas de los Profetas, las de los historiadores y el género de exhortación de los *Proverbios*. Pero el libro de los Salmos contiene todo lo que hay de útil en los otros. Profetiza el porvenir, recuerda la historia, promulga las leyes de la vida moral, sugiere consejos prácticos. En una palabra, es un vasto granero de buenas doctrinas que puede proporcionar a cada uno lo que necesita. Tiene el remedio para los males antiguos, y el alma nuevamente herida encuentra el secreto de un pronto alivio; al que está enfermo le cura y al que tiene salud se la conserva. En fin, este libro, en lo que depende de él, reprime las pasiones malas que asedian por todas partes a las almas en esta vida y ello con una especial dulzura que envuelve en un gran encanto la ley racional del bien (12).

Aunque su plan de catequesis no condujo a San Basilio a comentar el Nuevo Testamento, está muy manifiesta la estima en que lo tiene. «Cada palabra del Evangelio es más grandiosa que las otras enseñanzas del Espíritu Santo; aquí nos habla por sus servidores los profetas, pero en el Nuevo Testamento oímos al Maestro en persona» (13). De estas lecciones, las que se refieren a la vida práctica no son, por cierto, las menos valiosas. Sabido es que el

obispo de Cesarea compuso un libro de Morales lleno de textos de Cristo y de los apóstoles.

Si el brillante estudiante de Atenas, al hacerse monje y cura no ha desdeñado para él y para los otros el apoyo de las letras profanas, no es dudoso que la Santa Escritura era en su pensamiento el gran manantial de educación (14). Pero unas y otras, para producir fruto, requieren esas almas que parecen a las «aguas tranquilas y profundas de un puerto bien abrigado» (15). Porque «las palabras de Dios no están escritas para todos, sino para los que tienen oídos según el hombre interior» (16).

NOTAS

- (1) *Hom.* XII, 6. –P. G., t. XXXI; col. 397.
- (2) *Hom.* XXII. –P. G., t. XXXI; col. 563-590.
- (3) Preocupaciones y soluciones análogas en el tratado de Plutarco: *Cómo hay que leer a los poetas*. Este eclecticismo guiado por la moral era, sin duda, una respuesta a la severidad de Platón, que quería desterrar a los poetas de su república. De una manera general el tema de Basilio era común en la filosofía antigua. Véase el catálogo de fuentes hecho por Bach, y citado por G. Buettner: *Basileios des Grossen Mahnworte an die Jugend*, Munich, 1908. El autor exagera, sin embargo, cuando pretende que Basilio no hace más que seguir una «diatriba» de origen estoico. Hay mucho de originalidad en la obra de Basilio para que se le reduzca a un plagiaro.
- (4) Sobre la interpretación alegórica de Homero por los antiguos, véase Buettner.
- (5) Alegoría explotada ya por San Justino, *Apología* II, 11. –P. G., t. IV; col. 161.
- (6) Desarrollo inspirado en San Pablo, I *Cor.* IX, 24-26.
- (7) «La retórica era una cosa accesoría para él, y sólo retenía de ella lo que podía ser útil a nuestra filosofía». Greg. Naz. *Paneg.* 13; col. 512.
- (8) *Epíst.* II, 3. –P. G., t. XXXII; col. 228-229.
- (9) *Hom.* XII, 8. –P. G., t. XXXI; col. 401 y 404.
- (10) *Ibid.*, 14, col. 416-417.
- (11) *Hom.* XVIII, 1; *ibid.*, col. 489 y 492.
- (12) *Hom. in Ps.* I, 1. –P. G., t. XXXI; col. 209-212.
- (13) *Hom.* XVI, 1. –P. G., t. XXXI; col. 472.
- (14) Frente a esto la literatura pagana sólo puede oponer la sombra de la virtud, σοιου' φαρσίαν τινὰ της ἀρετῆς, *Hom.* XXII, 8; col. 588.
- (15) *Hom.* III, 1; col. 200.
- (16) *Hom. in Ps.* XLIV, 2. –P. G., t. XXIX; col. 389.

CAPITULO III

Disciplina de la voluntad

I. VICIOS DE LA CARNE

Nadie, quizás, estuvo tan profundamente persuadido como San Basilio, o por lo menos tan atento a repetir que la vida presente es una lucha; que por consecuencia, la primera y más indispensable tarea de todo hombre que quiera llevar una vida moral es desembarazarse mediante una enérgica victoria de los enemigos de su salvación. San Pablo y Platón reconocen que la carne es el principal. Por esto la obra de purificación espiritual debe empezar por la sujeción de los apetitos.

I. Premisas filosóficas

Desde el momento que el hombre es consciente de su destino se le impone la obligación de colocar ante todo los intereses de su alma y tratar como a enemigo al cuerpo, que siempre la retrasa y a veces la combate. Basilio recuerda a los jóvenes, en el discurso ya citado, los principios del espiritualismo cristiano.

No hay que ser esclavo del cuerpo a no ser en lo puramente necesario; por el contrario, hay que reservar al alma lo mejor de nuestros cuidados para arrancarla de la prisión en que se encuen-

tra por su participación en las pasiones de la carne y al mismo tiempo hacer al cuerpo invencible contra sus propios apetitos. Concederemos a nuestro vientre lo que necesite, pero evitaremos el hincharlo como hacen los que por procurarse un buen cocinero revuelven la tierra como si se tratara de pagar su tributo a un tirano exigente. Triste ocupación que recuerda la de las víctimas del infierno condenadas a transportar agua en una criba o llevar un tonel sin fondo, sin poder ver nunca el fin de sus penas.

Cuidar más de lo razonable la cabellera y los vestidos no es cosa, según Diógenes, más que de desgraciados o de criminales. Llevar rizado el pelo debe ser tenido por tan vergonzoso, no vacilo en decirlo, como dedicarse a la prostitución o amenazar el hogar del vecino. ¿Qué importa, en efecto, a un hombre de sentido llevar una ropa suntuosa o una capa pobre, desde el momento que no le falta nada para resguardarle del frío o del calor? Lo demás no debe buscarse más allá de lo necesario, ni el cuerpo ser cuidado más de lo que conviene para las necesidades del alma.

... Pero la purificación del alma, en una palabra, consiste en despreciar los placeres de los sentidos, en no recrear los ojos en exhibiciones extravagantes que buscan turbarnos, o en cuerpos cuya vista excita el aguijón de la voluptuosidad, en no dejar penetrar en el alma, por el canal de los oídos, una corrupta melodía... Por esto es necesario preservarnos de la música a la moda como de una cosa entre todas vergonzosa. ¿Qué decir de los placeres del gusto y del tacto sino que fuerzan a los que a ellos se entregan a no tener, como los animales, más culto que el del vientre y satisfacciones más inferiores todavía? En una palabra, es necesario menospreciar todo lo que se refiere al cuerpo si no se quiere caer en el placer como en el fango u otorgarle solamente, como dice Platón, lo que necesita para ponerle al servicio de la filosofía. Lenguaje parejo al de San Pablo, que nos aconseja no otorgar al cuerpo cuidado alguno que pudiera convertirse en excitante de la codicia.

San Basilio no teme llevar sus argumentos hasta la justificación del ascetismo.

Por el contrario, es preciso castigar y contener el cuerpo como se reprimen los ciegos impulsos de una bestia. Las perturbaciones

que provoca en el alma conviene se repriman sirviéndose de la razón como de un freno para calmarlas, en vez de darles rienda suelta y abandonarle el alma como un coche llevado al azar por caballos desbocados que no conocen el freno. Acordémonos de Pitágoras, cuando al saber que uno de sus amigos trabajaba mucho para desarrollarse por la gimnasia y la buena alimentación, le dijo: “¿No cesarás de hacerte cada vez más fuerte tu propia prisión?” También conviene recordar que Platón, en previsión de los inconvenientes que proceden del cuerpo, escogió deliberadamente, para edificar la Academia, el paraje más insalubre del Atica, a fin de detener de esta manera una gran prosperidad física, como se podan los árboles para que den fruto... Yo mismo he oído decir a los médicos que una salud en exceso pletórica puede ser perjudicial. Desde el momento que un cuidado del cuerpo es inútil para el mismo y perjudicial para el alma, todo lo que se haga en su servicio es locura manifiesta (1).

Si nuestro moralista —aunque en esta llamada enérgica a la mortificación no pierde el sentido de los matices— puede parecer por momentos más exigente de lo que requiere la mayoría de los hombres, he aquí una doctrina en que las mismas teorías y las mismas direcciones fundamentales son miradas, puede decirse, desde el punto de vista de la experiencia.

El que mire bien sus intereses se cuidará, ante todo, de su alma, y todos sus esfuerzos se encaminarán a mantenerla sana y salva; pero de su carne, debilitada por el hambre, fatigada por el frío o el calor, atormentada por la enfermedad o por la violencia de los hombres, no hará caso alguno...

Pero si alguno quiere cuidar su cuerpo como el único bien indispensable al alma y su único colaborador en la vida terrestre, pondrá un cuidado limitado en sus necesidades para solamente sostenerlo con un cuidado moderado y conservarlo en condiciones buenas para el servicio del alma; pero siempre evitando que la sociedad le invite al desorden. Y si alguna vez llega a sentirse abrasado por deseos superiores a esas necesidades, recordará el precepto de San Pablo: “Nada hemos traído a este mundo: es evidente que nada nos llevaremos. Cuidando, pues, de tener qué comer y con qué vestirnos, debemos estar satisfechos” (I Tim.,

VI, 7-8). A fuerza de repetirle sin cesar al cuerpo estas palabras, lo hará normal y siempre atento a los caminos del cielo, y encontrará en él un buen auxiliar para la tarea que se ha propuesto. Pero si, por el contrario, le deja mandar en jefe y saciar todos sus deseos, todos los días, como una bestia feroz, no tardará en ser arrastrado y caerá a tierra sin otra ayuda que la de los vanos quejidos (2).

Ya la sabiduría antigua había aconsejado a las almas este camino de renunciamiento, y se ha visto que Basilio no tiene inconveniente en acudir a su testimonio. Sólo faltaba la revelación cristiana para elevar a la altura de un principio de acción este ideal de la ética de todos los tiempos.

II. La falta de templanza

Pero el cristianismo no ha impedido todas las debilidades. No contento con proclamar las leyes de la higiene moral, el moralista cristiano debe desembridar con mano segura las más rebeldes y profundas llagas. Sería necesario que Basilio hubiera sido ciego si no hubiera encontrado en la corrompida sociedad del siglo IV una amplia materia para esta labor. La exposición de la regla de las costumbres se completa en él por el cuadro de los vicios que se le oponen. Para reflejar la falta de templanza su pluma encuentra el acento de los antiguos satíricos.

Estos refinamientos que inventamos en el comer y el beber, todo esto que el rico insolente imagina sin necesidad para satisfacer el servicio de un vientre ingrato, produce al pasar un pequeño placer para el gusto, pero pronto nos ahitamos y con fuerza lo rechazamos; y si por mucho tiempo conserváramos estos manjares en nuestras entrañas, pondríamos nuestra vida en grave peligro. Muchos mueren de indigestión: su propio exceso les ha dispensado de comer en lo sucesivo (3).

Sobre estos «excesos» no es más explícito. En su homilía sobre el ayuno, que pronto examinaremos, tiene ocasión de describir esas noches agitadas por las orgías de la ciudad, los vapores espesos que

suben al cerebro, los sobresaltos dolorosos y los gemidos de los enfermos que han hartado su estómago (4). En cambio la borrachera obtiene los honores de una homilía completa. Los cristianos de Cesarea se indemnizaban de las austeridades de la Cuaresma con fiestas y borracheras que adquirirían proporciones de escándalo; el obispo tuvo que dirigirles una vigorosa amonestación que acaba abordando el problema de la templanza en toda su extensión (5).

El vino ha perdido estas almas: el vino, don de Dios para sostener las fuerzas de quien lo usa con sobriedad, pero motivo de corrupción para los que no tienen templanza. La borrachera, demonio voluntario que el placer introduce en el alma; la borrachera, madre del pecado y adversaria de la virtud, convierte en débil al hombre valeroso e impúdico al hombre casto; ignora la justicia y elimina el buen sentido. Lo mismo que el agua es enemiga del fuego, el exceso del vino lo es de la razón...

¿Qué te distingue de las bestias, oh hombre? ¿No es el don de la razón, beneficio recibido de tu Creador, que te hace el jefe y dueño de la creación entera? El que se despoja de la razón por borrachera *se acerca a las bestias, en suma, y se hace semejante a ellas* (Ps. XLVIII, 13). Me atrevería a decir que se coloca por debajo de ellas. ¿Qué animal tiene los ojos y los oídos tan entorpecidos como los de un hombre borracho? No reconoce a los suyos y, a menudo, trata a los extraños como si fueran sus parientes. A veces salta sobre las sombras como si fueran arroyos o barrancos. Un retumbar sordo como el de la mar llena sus oídos; parece que la tierra se levanta ante ellos y que las montañas dan vueltas. A veces ríen sin cesar, otras lanzan quejidos y lloriqueos inconsolables. Tan pronto son valientes y audaces como tiemblan y se llenan de miedo. Su sueño es pesado, profundo y en un todo semejante a la muerte; sus vigiliasson más embrutecedoras todavía. Porque su vida entera es un sueño. Cuando ni siquiera tienen vestidos ni pan para mañana, suben en tronos o mandan ejércitos, saquean las ciudades y se distribuyen sus riquezas; de esta manera el vino les llena el corazón de falsas imaginaciones. Otros muestran sentimientos muy contrarios: se desesperan, están tristes, se quejan, lloran, tiemblan y tienen miedo... ¿Es necesario recordar la locura de otras muchas clases de borrachera? Humor melancólico, carácter irritable y pendenciero, propensión a la mentira,

violencia en la cólera... No es fácil de explicar con palabras todos estos funestos efectos. La infección de la peste necesita poco tiempo para alcanzar a los hombres...; pero la del vino es violenta e instantánea.

La salud no sufre menos que el alma.

En efecto, no solamente el cuerpo se desgasta y avería bajo el golpe del frenesí que lo impulsa a los placeres sexuales, sino que la masa de su propia panza lo llena de humores y detiene sus energías vitales. Los ojos del borracho son lívidos, su tez descolorida, su respiración penosa, su lengua torpe, su conversación es confusa, sus pies titubean como los de los niños y se llenan de deyecciones involuntarias, como los seres inconscientes. Desgraciados son con sus excesos; más desgraciados que los pasajeros combatidos por la tormenta, cuando los golpes de mar les inundan con sus olas sucesivas... En estos casos, los barcos muy cargados se aligeran soltando su cargamento; y lo mismo el borracho tiene que aligerarse, y apenas consigue aliviar el peso que le abruma.

Es menos digno de lástima que el naufrago; porque éste puede acusar al viento, al mar y a otras circunstancias exteriores, mientras que la víctima de la borrachera se ha ocasionado a sí propio la tormenta.

La gran sinrazón inherente a la pasión de beber, nos aparece aún con su insaciable avidez.

A este mal no se le ve el fin, pues el vino impulsa a su consumo. En lugar de aplacar la necesidad, hace surgir otras nuevas; quema al borracho y le incita a beber más. Pero, dándose esta sed inextinguible, los desgraciados consiguen lo contrario de su deseo. La continuidad del placer anula la sensación. Una luz muy viva molesta a los ojos; un ruido muy fuerte ensordece los oídos... Así, estos imprudentes, por un amor excesivo al placer, pierden el placer mismo. El vino más puro es insípido para ellos y les parece agua; la bebida más fresca les parece tibia, y aunque sea como la nieve es incapaz de extinguir el fuego que la bebida enciende en su interior.

De estas consideraciones sobre el desorden constitutivo que produce la borrachera, Basilio pasa a sus efectos. Lo que le lleva a trazar todavía estos cuadros de clasificación que ponen de relieve su talento de escritor es, sobre todo, el llegar a la conciencia de su rudo auditorio.

Predicando a los borrachos se pierde el tiempo. Tienen la cabeza pesada por el libertinaje, están soñolientos y sus ojos se obscurecen... Sienten náuseas... Su cuerpo se hace más pesado, sus ojos se humedecen, su garganta está seca y ronca. Mientras la corriente se precipita, el canal parece lleno, pero cuando pasa el flujo queda absolutamente seco y así la boca de los bebedores está llena y húmeda mientras el vino la invade; pero cuando hace un momento que se ha tragado, se encuentra vacía y seca. Además, continuamente minado y corroído por el exceso de vino, el beodo acaba de perder el humor vital. ¿Qué constitución de hombre sería lo suficientemente robusta para resistir los embates de la borrachera? Y ¿qué industria podría hacer que un cuerpo siempre consumido e inundado por el vino no acabe demolido y debilitado? De aquí los temblores y la anemia... ¿Por qué infligirte a ti mismo la maldición de Caín, haciéndote tembloroso y agitado toda tu vida?...

Esta preocupación de realismo no le impide pensar en los males espirituales de este vicio.

Describiendo estos hombres, que desde que amanece se inquietan de los lugares donde se puede beber, frecuentan las tabernas y se animan mutuamente a beber, y parecen no tener otro cuidado, el profeta (Is., V, 11-12) deplora que se aparten del medio propio para contemplar las maravillas divinas. Sus ojos no tienen tiempo para mirar al cielo y comprender su belleza. Desde que amanece ornan de tapices y guirnaldas sus salas de banquetes; hacen con grandes cuidados todos los preparativos; colocan copas y botellas como en las pompas de un cortejo, para que la diversidad de los vasos evite la sociedad y el cambio alternativo de bebidas favorezca la perseverancia. Tienen además jefes de comedor y una jerarquía completa de coperos. Han creado un orden en el desorden; intentan embellecer una villana realidad. La dignidad

de los magistrados es realizada por el brillo de su séquito; de este modo, al dar a la borrachera numerosos servidores, como se haría con una reina, se prodigan las atenciones para disimular la vergüenza. Las coronas y las flores, los perfumes y los pebeteros, acaban de seducir los sentidos.

En el curso del festín se rivaliza quién beberá más; se establecen rivalidades y luchas para ver mutuamente de sobrepasarse en el vicio. ¡Extraño concurso que preside el demonio y que tiene por precio el pecado!... ¿Qué discurso sería capaz de mostrar la vergüenza de estos actos? Todo es locura y confusión; vencedores y vencidos están igualmente borrachos bajo las miradas burlonas de los criados. La mano no se mueve, la boca no bebe más, el vientre estalla y, sin embargo, el mal no termina aquí. Privado de su vigor natural, el pobre cuerpo cae por todos lados sin poder resistir a la violencia de la bebida.

El orador deja estallar su indignación en vehementes antítesis.

¡Triste espectáculo para ojos cristianos! Un hombre joven de edad y sano de cuerpo, con un alto grado militar, conducido a su casa por manos extrañas, falto del poder de tenerse en pie y de estirar sus piernas! Un hombre que debiera inspirar terror a sus enemigos, causa la risa a los niños de la calle, herido sin hierro, muerto sin combatir. Un hombre de armas, en la flor de su edad, cae víctima del vino. La borrachera es la ruina de la razón, el azote del vigor, una precoz vejez, la muerte repentina. ¿Son diferentes nuestros borrachos a los ídolos de los paganos? *“Tienen ojos y no ven; tienen oídos y no oyen”* (Ps. CXIII, 5-6). Sus manos son impotentes; sus pies están paralizados. ¿Quién ha maquinado todo esto? ¿Quién es el autor de estos males? ¿Quien nos ha hecho beber esta bebida de locura? ¡Oh hombre, has hecho del festín un campo de batalla! Los jóvenes salen conducidos de la mano como los heridos de una guerra; el vino ha matado lo mejor de la juventud.

Quizá el realismo de Basilio no sea siempre de nuestro gusto, y los refinados tal vez encuentren muy crudas algunas de estas pinturas. Pero ¿por qué se habría de imponer al helenismo el ideal, un poco acompasado, de los «hombres honrados» del gran siglo? No

puede negarse en todo caso que la falta de templanza no es flagelada de mano maestra, y la sociedad que mereció tales lecciones hubiera, sin duda, comprendido menos bien argumentos más delicados.

II. La lujuria

Entre lo que se llama las «hijas» de la borrachera, no podía Basilio dejar de colocar a la lujuria.

La borrachera nos hace semejantes a los animales. O mejor dicho: un hombre borracho tiene menos razón que un animal. En efecto, los cuadrúpedos y los otros animales tienen movimientos reglamentados para lo que se refiere a la unión de los sexos. Por el contrario, los que se emborrachan tienen el alma oscurecida, mientras su cuerpo se abrasa con un calor anormal; y así se les ve acudir en todo tiempo en busca de los placeres más impúdicos y deshonorosos.

En el ardiente hogar de las malas concupiscencias no faltan los excitantes exteriores. El carnaval de Cesarea, que excitaba la indignación del obispo, era, a este respecto, una fuente abundante de desórdenes públicos.

Mujeres sin freno, olvidando todo temor de Dios, avivan el fuego eterno en este día en que el recuerdo de la Resurrección debería retenerlas en sus casas y hacerlas pensar en el momento en que los cielos se abrirán para dejar aparecer al Soberano Juez... Se las ve sacudir el yugo del servicio de Cristo y quitar de sus cabezas los velos del pudor, con menosprecio de Dios y de sus ángeles, y afrontar sin rubor las miradas de los hombres, y soltar sus cabelleras al viento; con vestidos llamativos; andares desenvueltos; miradas lascivas; la sonrisa en los labios. Locas del placer de danzar, para mejor atizar la pasión de la juventud, se sitúan cerca de las basílicas de los arrabales y hacen de los lugares santos un paraje de prostitución. El aire se vicia con sus cantos de amor y la tierra se mancilla con sus andares impúdicos. Se muestran a la vista de los jóvenes que las rodean; no tienen ni pudor ni buen

sentido y no conocen límites a su locura. ¿Cómo permanecer callado ante tales cosas? (6).

Más repugnante aún, si cabe, era el espectáculo de esos festines, que Basilio describía.

Hombres y mujeres danzan juntos, y el alma presa del demonio del vino, se hieren unos a otros con las saetas de la lujuria. Por todas partes se oyen risas, cantos eróticos; se ven gestos obscenos que provocan a la impureza. Ríe —me dices, y te entregas a una alegría sin medida; mejor sería llorar y pedir por tu pasado. Cantas canciones deshonestas en lugar de los himnos y salmos que te habían enseñado. Agitas los pies, saltas y danzas como un insensato, cuando deberías doblar tus rodillas para rezar.

¿Lloro a las muchachas no casadas, o a las mujeres ya unidas en matrimonio? Aquéllas, cuando vuelvan, habrán perdido su virginidad; éstas no guardan intacta su castidad para el esposo. Aunque algunas hayan evitado la falta material del cuerpo, todas han manchado su alma. Otro tanto diría de los hombres que han obrado con malas miras. *“El que mira a una mujer con concupiscencia, comete adulterio con ella”* (Mat., v. 28). Si semejante amenaza es para las miradas furtivas en encuentros casuales, ¿qué será de estas entrevistas buscadas deliberadamente, en las que se ve a las mujeres perder, con el vino, todo freno, hacer gestos indecentes, proferir canciones cuyo eco basta para sentir el aguijón de la voluptuosidad? ¿Qué dirán, a quién acudirán los que han recogido en estos espectáculos tan abundantes gérmenes de pecado?

No hay mal tan funesto como la lujuria.

Los abrazos impuros, todas las obras de un alma en delirio, ¿no son evidentemente un daño y una ruina para nuestra naturaleza? Amortigua y disminuye sus mejores bienes, el cuerpo se debilita, pierde su mejor alimento y el más propio a conservar sus miembros. Así, todos los que se libran de la impureza, una vez realizada su liberación, cuando el ardor de la carne ha muerto y el alma, llegada al término de su deseo, encuentra, por último, lugar para rehacerse como después de una borrachera o de una tempestad, y se pregunta dónde se halla, son presas de remordimientos

por su pasada incontinencia. Ven que su cuerpo debilitado es perezoso en demasía para los trabajos que se le imponen. Esto lo han comprendido muy bien los instructores de la juventud y han prescrito en las escuelas de gimnasia la ley de la castidad... En los concursos, la incontinencia provoca risas, pero no gana coronas (7).

Para conseguir la corona celeste la castidad no es menos de rigor y es uno de los motivos que Basilio invoca para hacer admitir la necesidad de la mortificación.

Grandes son los beneficios del ayuno; la saciedad, por el contrario, es el principio de la vida licenciosa. Con la abundancia, la borrachera y los platos escogidos entran en el alma toda suerte de bestiales impurezas. Y de aquí que los hombres corran tras de las mujeres a la manera de los caballos, bajo el impulso de la pasión que la carne enciende en su alma.

Los borrachos llegan a los vicios contra natura, a buscar en el hombre a la mujer y en la mujer al hombre. Por el contrario, la continencia regla el uso mismo del matrimonio y modera hasta los excesos de legítimas voluptuosidades, proporcionando por mutuo acuerdo descansos favorables a la plegaria (8).

Sin insistir especialmente sobre el vicio impuro, San Basilio lo ha señalado como una de las formas en que se muestra más violentamente la tiranía de la carne y recuerda a los cristianos los principios de moral natural de que deben rodearse.

IV. La avaricia

A los vicios de la carne, Basilio añade la avaricia y pone en guardia a los jóvenes contra el amor excesivo al dinero.

Si nos aplicamos a menospreciar el cuerpo, poco a poco seremos insensibles a todas las demás cosas humanas. ¿Para qué las riquezas si no deseamos satisfacciones corporales?... No sé verlos, a menos que, como estos dragones de que habla la fábula, no se experimente cierto placer velando sobre tesoros enterrados. El

que ha recibido una educación verdaderamente liberal se guarda de pronunciar respecto a esto una palabra vil o de cometer una acción vergonzosa. Todo lo que le es superfluo, sea la arena de Libia o la obra de las hormigas auríferas, lo desdén tanto más cuanto menos las necesita; el uso mismo que hace lo mide según las necesidades de la naturaleza, no según su capricho. Cuanto a los que franquean los límites de lo necesario, semejantes a un hombre que corre cuesta abajo y que no puede detenerse, no saben resistir a sus inclinaciones; a medida que han amasado más necesitan otro tanto y más todavía para satisfacer sus pasiones, según las palabras de Solón: *“A la pasión del dinero no sabe fijar término el corazón humano”*. Es necesario tomar como maestro a Teognis, que decía: *“Ni quiero ni pido fortuna; podría vivir con muy poco sin por eso sufrir ningún mal”*. En Diógenes también admiro un perfecto menosprecio de las cosas humanas: *“Yo —decía el— soy más rico que el gran rey, puesto que para vivir necesito menos cosas que él”* (9).

Para desligar más vivamente las almas se complace en hacer ver la fragilidad de la riqueza.

No porque se haya amasado oro en grandes cantidades se será su propietario perpetuamente. Inútil encerrarlo; o bien se escapa durante la vida para correr en busca de otros más poderosos, o nos abandona en el momento de la muerte, negándose a seguir a sus propietarios. Cogidos por la que separa a la fuerza las almas de esta miserable carne, y arrastrados a la ruta fatal, algunos vuélvense hacia sus bienes y deploran los cuidados que les han costado desde su juventud; pero la plata pasa a manos extrañas, sin dejarnos otra cosa que la pena de haberla reunido y el remordimiento de la avaricia. Se pueden poseer miles de hectáreas de tierra, casas suntuosas, ganados de todas clases y dar muestras de gran poder; pero esto no se goza eternamente. Después de haber recibido un brillo momentáneo, el rico cede a otro su fortuna y sólo un poco de tierra basta para cubrirlo. A menudo antes de la muerte verá sus bienes pasar a manos de sus enemigos. Cuántos campos y casas, cuantas naciones y ciudades en vida de sus primeros poseedores han tomado el nombre de nuevos dueños. Antiguos esclavos suben al trono, y los que se llamaban sus amos han

envidiado la suerte de sus inferiores cuando devenían sus vasallos. Como en los juegos, la fortuna cambia de dirección.

Otras veces Basilio emplea tonos enérgicos para atacar los abusos de la codicia.

La mayoría de los peces se devoran los unos a los otros y los pequeños son el alimento de los mayores. Y sucede que el que se había tragado a otro acaba siendo la presa de uno mayor, de manera que entran a la vez los dos en el vientre del último. ¿Hacemos nosotros los hombres otra cosa cuando oprimimos a nuestros inferiores? ¿Qué diferencia existe entre el último pez y el que, obedeciendo a su voraz codicia, chupa a los débiles en las insaciables entrañas de su avaricia? Este hombre detenía los bienes del pobre y tú te amparaste de él para hacer un elemento de tu opulencia. Con esto te has mostrado más injusto que los injustos y más avaro que los avaros. Guárdate no llegues al mismo fin que los peces: al anzuelo o la red... (10).

Respecto a la moral social de Basilio, se ve cómo el problema de la riqueza se relaciona para él con el programa esencial del perfeccionamiento moral. Por esto la virtud, en suma, no es un asunto de situación, sino de buena voluntad.

Muchos son pobres de bienes, pero muy interesados en intención: su indigencia no les salva y su intención les condena. No es, pues, dichoso el que está privado de todo, sino el que prefiere a todos los tesoros del mundo los preceptos de Cristo. El Señor ha dicho: "*Bienaventurados los pobres de espíritu*" (Mat., v. 3), es decir, no los que están desnudos de medios, sino los que han entregado su corazón a la pobreza (11).

No es imposible hacer buen uso de las riquezas.

No cierres tu alma: aprovecha las facilidades que la riqueza te proporciona sin desecharla ni admirarla como un bien, sino empleándola como un instrumento a tu servicio (12).

En el fondo, San Basilio sólo quiere condenar los excesos. Su doctrina es la de un asceta que predica con ardor su ideal, pero

que, por lo tanto, no puede apreciar tanto como un moralista las necesidades corrientes de la vida (13). Igualmente en sus aparentes exageraciones lo que quiere salvaguardar es la rectitud del alma y la libertad de su vida espiritual. En este sentido la sencillez paradisíaca excita en su alma una envidia que no pretende disimular (14). Pero si el ideal del Edén no está en nuestro poder, el hombre puede aproximárselo restableciendo la supremacía del alma razonable sobre la carne por la represión de los apetitos culpables y la sabia moderación de los otros.

NOTAS

- (1) *Hom.* XXII, 7 y 8. -P. G., t. XXXI; col. 581 y 584. Cf. *Hom. in Ps.* XXIX, 6. -P. G., t. XXIX, 6; col. 320, que denuncia «el sueño, los baños, las camas multidas».
- (2) *Hom.* XXI, 6. -P. G., t. XXXI; col. 549 y 552.
- (3) *Hom.* XXI, 4; col. 548.
- (4) *Hom.* I, 4 y 9; col. 168-180.
- (5) *Hom.* XIV. -P. G., t. XXXI; col. 443-464.
- (6) *Ibíd.*, 1-3; col. 455 y 448.
- (7) *Hom.* XXI, 4; *ibíd.*, col. 548.
- (8) *Hom.*, 9; *ibíd.*, col. 180-181.
- (9) *Hom.* XXII, 8; *ibíd.*, col. 584-585.
- (10) *Hexam.*, VII, 3; col. 152-154.
- (11) *Hom. in Ps.* XXXIII, 5; *ibíd.*, col. 361.
- (12) *Hom. in Ps.* LXI, 5. -P. G., t. XXIX; col. 480 y 481.
- (13) Es curioso que Basilio condene el uso del caballo como contrario a la práctica de los santos. *Hom. in Ps.* XXXII, 9; *ibíd.*, col. 345.
- (14) *Hom.* IX, 9. -P. G., t. XXX; col. 349.

CAPITULO IV

Disciplina de la voluntad

II. VICIOS DEL ESPIRITU

A pesar de su gravedad propia y de la indiscutible extensión de sus estragos, es necesario considerar a los vicios de la carne como nuestros únicos o nuestros más terribles adversarios. El alma encuentra en sí misma tendencias tortuosas que pueden ser más funestas cuanto más íntimo sea su principio y cuanto en apariencia menos humillantes se presenten las faltas que ellas entrañan. A los ojos de San Basilio, son las que propiamente merecen el nombre de «pasiones» y solicitan principalmente este esfuerzo de disciplina interior en el cual consiste la virtud.

I. El orgullo

De todas estas potencias desordenadas el orgullo es, con justicia, considerado como el padre. Basilio no ha tratado de él ex profeso, pero en la homilía sobre la humildad le conduce a decir a menudo palabras contra el vicio contrario (1). Se complace sobremanera en considerar sus causas o manifestaciones sociales bajo la forma del lujo, que acompaña muy a menudo la fortuna.

Desde que el diablo hizo caer al hombre con la esperanza de una gloria falsa, no deja de tentarle nuevamente con las mismas

solicitudes. Innumerables son los medios que imagina para este fin. En efecto, le hace considerar como un gran bien la abundancia de riquezas para que se vanaglorie y la busque con ardor, y esto no hace nada para su gloria, y sí mucho para su daño. La adquisición de fortuna es una fuente de avaricia, pero su posesión no es un título de buena reputación. Por el contrario, causa una ciega locura, una vana soberbia y produce en el alma una afección que recuerda a una especie de hinchazón. El edema del cuerpo hinchado no es ni sano ni útil, sino que, por el contrario, es de naturaleza enfermiza y deleznable, fuente de males y causa de muerte. Una cosa parecida es el orgullo para el alma.

El orgullo no procede solamente de la fortuna y del tren de vida que le acompaña. Se ve, en efecto, en los ricos buenas mesas suntuosas y refinadas, exhibir ropas que no son necesarias, levantar grandes mansiones, arrastrar tras ellos un enjambre innumerable de aduladores. Pero esos favores obtenidos en las elecciones también desarrollan la misma hipertrofia. Que el pueblo dé a uno una dignidad, que le confíe el honor de una presidencia cualquiera, sobre todo si se refiere a funciones supremas, ved cómo estos hombres, como si sobrepasaran la naturaleza humana, se creen llevados a las nubes y no quieren a los otros que han sido como el escabel de su poderío. A menudo se les ve rebelarse contra los mismos que les otorgaron su sufragio y enorgullecerse ante los mismos autores de su elevación. Actitud absolutamente insensata, pues su gloria es más frágil que un sueño y el esplendor que la rodea más vano que los fantasmas de la noche...

El hombre encuentra también una causa de orgullo en la fuerza de sus manos, la rapidez de sus pies o la belleza y proporción de su cuerpo; ventajas todas que la enfermedad destruye y el tiempo consume...

Pero también los dones del espíritu son con frecuencia una fuente sutil de orgullo.

El que entre todos los bienes del hombre parece el mayor y más sólido, la sabiduría y la prudencia, puede ser causa de la vana hinchazón y provocar una elevación contraria a la verdad. Cuando falta la sabiduría que viene de Dios, todas estas cualidades no son nada. Ha caído sobre el diablo el plan artificioso que

había concebido contra el hombre y, sin saberlo, trabajaba contra sí mismo al conspirar contra el hombre. Que si el príncipe de este mundo, el primero, mayor e invisible maestro de sabiduría mundana, es cogido en sus propios artificios, y llega a la última locura, con mayor motivo sus discípulos e imitadores.

Faraón maquina la marcha a Israel, pero no creía que su astucia sería frustrada donde menos lo esperase. En una palabra, en innumerables ejemplos, cada uno puede aprender cuán débil es el privilegio de la sabiduría humana.

En sus discursos a los jóvenes, Basilio desliza incidentalmente algunas palabras sobre la vanagloria.

Cuando menospreciamos las riquezas y desdeñamos los sentidos, ¿nos rendiremos a los halagos? El hombre sabio debe huir, sobre todo, de vivir por la gloria y en consecuencia buscar lo que plazca a la multitud en vez de confiar a la recta razón la dirección de su vida. Aunque sea necesario oponerse al mundo entero, desafiar la vergüenza y los males por el bien, no debemos cambiar en nada lo que nos es propuesto por la conciencia. El que no esté en esta disposición, ¿en qué se diferencia del sofista egipcio que, a voluntad, era planta o animal, agua o fuego o cualquier otra cosa? Lo mismo que se dice que el camaleón cambia de color según el suelo que le sostiene, cambia él de opinión según el sentimiento de las gentes que le rodean (2).

Si nuestro moralista, en suma, no ha profundizado más en el capítulo del orgullo, se ve que no fue por defecto de convicción sobre su importancia. En cambio encontramos amplio desarrollo sobre otros vicios menos profundos, pero no menos comunes.

II. La envidia

Una homilía especial es consagrada a la envidia (3).

No hay en el corazón del hombre más funesta pasión que ésta. No hace el menor daño al prójimo; pero es el mal primero y más íntimo del que lo padece. Como el moho consume al hierro, la envidia consume al alma que la posee. Mejor aún podíamos decir

que como se cuenta que las víboras vienen al mundo devorando el seno materno, la envidia devora el alma que la da vida.

He aquí las principales formas y fuentes de este vicio.

La envidia es una tristeza provocada por el bien del prójimo. Por esto la tristeza y la pesadumbre nunca faltan en el envidioso. ¿Es fértil el campo del vecino? ¿Tiene su casa en abundancia todo lo necesario para la vida? ¿Goza de alguna fortuna? Todo esto sirve de aumento y alimento al mal del envidioso y acrecienta sus sufrimientos. Parece un hombre desnudo al que todo sirve para herirle. ¿Que uno es fuerte y goza de salud? Es un golpe para el envidioso. ¿Ese otro goza de una belleza superior? Nueva herida para el envidioso. ¿Aquél sale de lo común por las cualidades de su espíritu? ¿Su prudencia o su elocuencia son un motivo de admiración y emulación? ¿Aquél es rico y suntuoso en sus generosidades y sus repartos a los pobres, y recibe de sus agradecidos muchas alabanzas? Todos estos casos son otras tantas flechas que le dan en pleno corazón.

Y lo más digno de lástima de esa enfermedad es que su víctima no puede descubrirla. Con los ojos caídos, la vista baja, se queja y se desespera. Pero interrógale sobre la naturaleza de su mal y le dará vergüenza publicar su desgracia. “Soy envidioso y tengo amargura en el corazón; los bienes de mi amigo me producen pena; sufro con la felicidad de mi hermano; no puedo soportar la suerte de los otros ni la dicha del prójimo; me parece un mal”. Esto tendría que confesar si quisiera decir verdad. Pero prefiere no revelar nada de todo esto y guardar dentro de él su mal, que le consume y roe las entrañas...

... La única satisfacción que puede tener es la de la caída de los que envía. Su deseo no tiene más que un término: ver al prójimo envidiado pasar de feliz a desgraciado. Entonces se manifiesta como amigo y derrama lágrimas. No sabe alegrarse con quien está alegre, pero llora con quien tiene pena. Si deplora la catástrofe que se ha producido no lo hace por un sentimiento de humanidad o de simpatía; trata de hacer resaltar el estado anterior para hacer más pesada la pena al que de él se ve privado. Elogia a un niño después de su muerte y lo colma de alabanzas. ¡Cuán hermoso, inteligente y bueno con todos! Y si hubiera vivido no hubiera

tenido para él ni una palabra amable, y si ve que muchos coinciden en elogiarlo de nuevo, cambia el sentimiento y siente envidia del muerto. Admira la riqueza cuando se ha perdido, elogia la belleza, la fuerza y la salud cuando ha sobrevenido la enfermedad. En una palabra, es enemigo de los bienes presentes y amigo solamente de los desaparecidos.

Poco después, para diagnosticar más fácilmente el mal, Basilio traza el retrato del envidioso.

Si se pone atención se le reconoce por el aspecto de su rostro. Su mirada es dura y sombría, sus mejillas flácidas, sus cejas contraídas. Pero su alma es la que sobre todo está turbada por la pasión y no tiene el discernimiento verdadero de las cosas. Según ellos, no hay afición virtuosa que merezca ser elogiada, ni elocuencia digna sean cuales fueren su fuerza y su encanto, ni nada, en una palabra, de lo que merece en general la consideración. Por el contrario, lo mismo que los buitres vuelan sobre las praderas y sobre sitios agradables y perfumados para ir a posarse en los sitios donde existe carne podrida, llena de moscas y úlceras, así los envidiosos, sin mirar el esplendor de una vida o la grandeza de sus obras, sólo buscan los defectos. Si ha cometido alguna falta, como sucede a menudo en las cosas humanas, la divulgan y dan a conocer a su autor. Se dirían caricaturistas para quienes una nariz disforme, un borujón natural o accidental, constituyen todos los elementos de un retrato.

Además son muy entendidos en esas pérfidas deformaciones que permiten ridiculizar el bien y difamar la virtud por el defecto vecino. El valor se convierte en bravata; el que tiene templanza, en insensible; el justo, en cruel; el prudente, en disimulado. Igualmente el rico de mano liberal es tratado de despilfarrador; el generoso, de pródigo, y el económico, a su vez, de avaro. En una palabra, para ellos toda virtud tiene el nombre del vicio que se le opone.

Después de esta descripción, Basilio se aplica a mostrar el desorden de ese vicio y sus consecuencias.

¿Qué puede haber más funesto que este mal? Corrompe la vida y mina la naturaleza; despierta el odio a los dones divinos y

la oposición de Dios mismo. ¿Quién ha llevado al príncipe de todos nuestros males, el demonio, a esta furiosa guerra contra el hombre? ¿No ha sido la envidia? Por ella se reveló enemigo de Dios. Caín hizo otro tanto. Al ver el honor que otorgaba Dios a su hermano sintió envidia e hizo perecer al que lo recibía para alcanzar al que lo otorgaba. Demasiado débil para atacar a Dios se decidió a asesinar a su hermano.

Huyamos, pues, de esta enfermedad generadora de la impiedad y madre del homicidio que reniega la naturaleza e ignora el parentesco, en suma, la más irracional de las aflicciones. ¿Por qué afligirte, oh hombre, si no has sufrido mal alguno? ¿Por qué hacer la guerra al que goza de alguna ventura sin disminuir en modo alguno la tuya? La envidia es la más cruel de las penas. El beneficio otorgado a nuestros enemigos los hace más dulces; pero un envidioso y un malvado, bien tratados, se irritan de más en más. Cuanto más reciben se hacen tanto más agrios, desgraciados y querellosos. Sienten más resentimiento contra el poder de su bienhechor que reconocimiento por su beneficio. Los perros devienen más cariñosos cuando se les presenta la comida, los leones fieros se tornan apacibles; pero los envidiosos se hacen más intratables cuanto más servicios se les presta.

Un nuevo trazo hace aún resaltar la fealdad de este vicio: que tiene la especialidad de desarrollarse entre los amigos.

No podremos ser envueltos por los tentáculos de la envidia, si no es por medio de las relaciones íntimas. Los escitas no envidian a los egipcios, pero cada uno envidia a su compatriota; y entre éstos no existe la envidia entre los que no se conocen, sino entre los próximos y los vecinos, los compañeros de trabajo u otros con los que se tiene relaciones. Entre éstos, además, la envidia ataca a los camaradas, los parientes y los hermanos. En una palabra, como el moho es la enfermedad propia del trigo, la envidia es el mal de la amistad.

Basilio busca los remedios a este mal en los principios de su espiritualidad sobre la naturaleza del verdadero bien.

¿Cómo haremos para evitar este mal o para librarnos de él una vez contraído? Primeramente, no estimando nada grande ni de

valor en las cosas humanas: ni las riquezas, ni una gloria caduca, ni el bienestar corporal. El bien no está en estas ventajas pasajeras, sino en la práctica de los bienes eternos y verdaderos. Por esto no debe envidiarse al rico por su riqueza, ni al poderoso por sus dignidades, ni al coloso por su vigor, ni al sabio por su elocuencia. Todos estos bienes son otros tantos instrumentos de virtud para los que los usan bien, pero en sí ellos no encierran la dicha. Cualquiera, pues, que los use mal es un desgraciado como el que se hiere voluntariamente con la espada que tenía para sus enemigos. Si, por el contrario, usa bien y según la recta razón; si se muestra acogedor de los bienes divinos, pero no atesorador para su propia felicidad, merece lisonja y afecto por el amor que testimonia a sus hermanos y los servicios que les presta.

No basta, sin embargo, a Basilio esta educación negativa. Como supremo remedio a la envidia abre al ardor de las almas las infinitas perspectivas del verdadero bien.

Si completamente ávido de gloria deseas elevarte por encima de lo vulgar, y por este motivo no puedes soportar un lugar secundario, a la posesión de la virtud debes dirigir la corriente de tu celo. Lejos de tí el pensamiento de querer enriquecerte o de buscar el sobresalir en las cosas de este mundo. Nada de esto es para tí. Pero sé justo, casto, prudente, fuerte en las luchas por la piedad. Así te salvarás tú mismo y los bienes de orden superior te producirán una superioridad de gloria.

Por lo sutil de los análisis y lo vigoroso del trazo, por la riqueza de los pensamientos y lo lúcido de la forma, este discurso es uno de los que pueden caracterizar mejor el genio moral y literario de Basilio. Si en ciertos puntos se nota quizás el arte un poco refinado de las escuelas, es generalmente en límites discretos. Hasta en estas repeticiones gustaba el escritor de desarrollar su flexibilidad, que tenía su marca de origen. Estos meandros eruditos son del más puro helenismo, y el gusto sutil de los griegos pudo, sin duda, apreciar la bella ordenación clásica que se convirtió en necesidad de nuestro espíritu occidental.

III. La cólera

Mientras que el orgullo y la envidia son vicios que tienen «en nosotros su origen», la cólera es otro «que cae sobre nosotros de fuera como una tempestad imprevista». Así define Basilio la cólera. Es el motivo de una homilía que se desarrolla siguiendo el mismo incisivo y sinuoso que la precedente (4).

Remontando, como siempre, a los principios, el orador señala en la cólera un atentado al orden racional de nuestra naturaleza.

Sea por la experiencia personal que hemos podido hacer de la cólera desatada en nosotros a la manera de un torrente, sea por la comprobación hecha en la calma de los trastornos que produce en los que por ella son poseídos, hemos comprobado la exactitud de estas palabras: “*El hombre encolerizado no es un hombre normal*” (Prov., XI, 25). Una vez, en efecto, que este vicio ha expulsado la razón para apoderarse del imperio del alma, cambia por completo al hombre en bestia y no le deja ser hombre del todo, puesto que le quita la razón.

La cólera es para el hombre lo que la ponzoña es para los animales venenosos. Rabian como los perros, pican como los alacranes, muerden como las serpientes... Se debe a la cólera las lenguas desatadas y las palabras sin freno; las injurias, los oprobios, las maldiciones, los golpes y otros males innumerables son sus consecuencias. La cólera cruza las espadas y dispone para el homicidio la mano del hombre; la cólera hace que los hermanos no se conozcan uno a otro y a los padres e hijos que olviden las leyes naturales.

En efecto; el hombre encolerizado se olvida primeramente de sí mismo y después de sus íntimos y de su prójimo. Como un torrente lanzado por la pendiente arrastra todo lo que encuentra a su paso, así los impulsos desordenados de la cólera todo lo arrastran sin distinción. No hay respeto para las canas, para la virtud o para el parentesco, y menos para el agradecimiento o la dignidad... La cólera es la locura de un momento.

Toda suerte de desatinos traducen exteriormente el desorden radical de esta pasión.

¿Quién sabría describir este mal? Los que son propensos a la cólera se enfadan a la menor ocasión; vociferan como salvajes y se precipitan más furiosamente que fieras venenosas. Ni la hoja de una cuchilla, ni el fuego u otra cosa temible pueden detener su furor, como los poseídos por el demonio, de los que tienen muchos de sus actos y de sus sentimientos... No se reconoce en ellos sus ojos ordinarios; su mirada brutal tiene el resplandor del fuego. Rechinan los dientes como jabalíes. Su rostro es pálido o inyectado de sangre; sus venas, en tensión por el esfuerzo de la tempestad interior; su voz, áspera y violenta; su palabra, confusa y precipitada, sin orden ni sentido.

Cuando la cólera alcanza su paroxismo, encendida por la contradicción, como el fuego que encuentra materias inflamables, nos da espectáculos que la palabra no puede describir y que el corazón no puede soportar: manos que caen sobre nuestros semejantes y castigan todas las partes de cuerpo; puntapiés lanzados al azar; este furor encuentra un arma en todos los objetivos que ve. Si un mal idéntico surge —quiero decir otra cólera— y una igual demencia— se produce un cuerpo a cuerpo en el que se hace todo el mal posible, como harían soldados del mismo demonio. Este ha empezado injustamente el ataque; el otro le ha contestado. El primero responde con nuevos golpes y el segundo no se está quieto. Los cuerpos se cubren de heridas, pero la cólera anula la sensación del dolor. ¿Cómo iban a tener ocasión de sentir sus sufrimientos, cuando tienen el alma enajenada por un frenesí de venganza contra el agresor?

En vano se busca un pretexto en la provocación de la ofensa recibida.

No curéis el mal con el mal; no os pongáis a sobrepasaros mutuamente en ofensas. En estos tristes combates el más desgraciado es el vencedor, porque se retira con un pecado mayor. Evitad estos tristes sucesos, y cuando la deuda sea mala no la paguéis con más mal todavía. ¿Te ha insultado un hombre encolerizado? Detén el mal con tu silencio. Tú, por el contrario, recibes en el corazón el furor de la cólera e imitas la acción del viento cuando abandona en un remolino todo cuanto ha arrastrado. No tomes

por ejemplo a tu enemigo, ni imites lo que detestas; guárdate de convertirte en espejo del colérico, reproduciendo en ti mismo su imagen. Su rostro está colorado; ¿y tú, no tienes la cara resplandeciente? Sus ojos están inyectados en sangre; dime ¿y los tuyos, ven claro? Su voz es dura; ¿es dulce la tuya? El eco, en un desierto, no vuelve tan entero hacia el que habla como vuelven las injurias al que las profiere. O mejor: el eco reproduce la voz tal como se lanza, pero la injuria vuelve muy aumentada... Después de que las palabras han volado de boca en boca, se pasa a las vías de hechos. La cólera excita las querellas; las querellas traen los insultos; éstos, los golpes; los golpes, las heridas, de las que a menudo puede provenir la muerte. Evitemos los primeros males, dominando la cólera en nuestro corazón.

Basilio indica a continuación algunos medios; pero el tema iniciado de las repercusiones de la cólera es muy fecundo para que pueda dispensarse de insistir un poco más lejos con nuevas variantes.

Si la venganza te impulsa a ofender al que te ha ofendido, ¿cómo podrás defenderte? Dirás que la provocación partió de él; ¿pero por esta circunstancia mereces el perdón? El impúdico que acusa a la cortesana de haberle llevado al mal, no está menos condenado... A ti te irritó la injuria porque es un mal y la imitas como si fuera un bien. Te dejas llevar por lo que tú vituperas. ¿Eres capaz de ver el mal de los demás e incapaz de apreciar el tuyo propio? ¿No es la injuria un mal? Pues no lo imites.

El que otro haya empezado no es una excusa suficiente. Sería más justo, a mi modo de ver, que te reprocharas a ti mismo por no haberle servido de ejemplo, que le habría calmado. Al ver el desorden en que le pone la cólera, en vez de evitar semejante cosa te enfadas y la cólera te invade a ti también; y tu pasión se convierte en excusa del que había empezado. Por tu conducta lo absuelves de su falta y tú mismo te condenas. En efecto, si la cólera es un mal, ¿por qué no lo evitas? Y si merece indulgencia, ¿por qué guardar rencor al que se deja llevar por ella? No te servirá, pues, de mucho el haber replicado. En los concursos no se da la corona al que empieza primero la lucha, sino al que la acaba victoriosamente.

Precisamente a esta propensión a responder a la cólera es en lo que Basilio aplica con más energía su terapéutica. Nuestro moralista recuerda primero los mejores consejos de la sabiduría racional.

¿Te maldicen? Bendice. ¿Te han pegado? Sopórtalo. ¿Se te menosprecia y se te considera como nada? Recuerda que procedes de la tierra y que volverás a ella. Todo el que se prevenga con razones de este género pondrá toda afrenta por debajo de la verdad. Así pondrás a tu enemigo en la imposibilidad de ejecutar su venganza desde el momento en que te le aparezcas invulnerable a las injurias, y te procurarás una gran corona de paciencia, transformando la locura del otro en ocasión de ejercer tu propia filosofía. También, si quieres creerme, te aplicarás a atenuar las injurias (que se te dirijan). Se te ha tratado de personaje oscuro, de insignificante, de hombre de nada: llámate tú tierra y polvo. Después de todo, no eres más que nuestro padre Abraham, que de esta guisa se trató (*Gén.*, XVIII, 27). ¿Se te ha llamado ignorante, pobre y hombre sin consideración? Di que eres un vaso de tierra nacido de la basura, según las palabras de David... (*Ps.* XXI, 7). Cuando bajo el golpe de una injuria te sientas tentado de responder, piensa que estás a prueba y puesto en la alternativa, o de aproximarte a Dios por la paciencia, o de vengarte de tu enemigo por la cólera. Deja a tus pensamientos el tiempo para tomar el camino mejor.

Motivos cristianos vienen a apoyar esta filosofía.

¿Se te llama pobre diablo? Si es cierto, acepta la verdad. Si es falso, ¿qué te importa que se te diga? No te dejes engreír por los elogios que sobrepasan la verdad ni te irrites por las injurias que no te mereces. ¿No ves que las flechas penetran los cuerpos duros y resistentes, mientras que su ímpetu muere en las materias blandas y flexibles? El efecto de la injuria es análogo. El que resiste la recibe. ¿Por qué te dejas turbar por las palabras "pobre diablo"? Recuerda tu naturaleza, que entraste desnudo en el mundo y que desnudo saldrás de él. Y ¿qué hay más pobre que un hombre desnudo? No hay injuria para ti si no te aplicas las palabras que se te dirigen. ¿Quién fue aprisionado por pobre? El ser pobre no es

una vergüenza, sino el no soportar noblemente su pobreza. Acuérdate del Señor, “*que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros*” (Cor., VIII, 9). Si se te llama tonto e ignorante, acuérdate de las injurias que los judíos lanzaban contra la verdadera sabiduría... Montando en cólera confirmas el insulto; ¿qué hay más insensato que la cólera? Si, por el contrario, permaneces tranquilo, llenas de vergüenza al que te insulta, y das pruebas de sabiduría. ¿Te pegan? También al Señor le pegaron. ¿Se te escupe al rostro? El Señor sufrió también esta afrenta. ¿Se te dirigen hipócritas asechanzas? Lo mismo hicieron con nuestro Juez. Todavía no has sido condenado y puesto en una cruz. ¡Qué de cosas te faltan para imitarlo perfectamente!

La sabiduría cristiana encuentra un precioso auxiliar en la humildad.

Hay dos reglas que es preciso tener presentes en el espíritu: no considerarse uno digno de grandes elogios y no persuadirnos de que otro sea inferior a nosotros en dignidad. De esta manera no surgirá nunca la cólera tras un insulto que pudiéramos recibir. Es duro que un individuo a quien hemos colmado de beneficios añada a la ingratitud las injurias y los ultrajes. Sí es duro; pero el daño es mayor para el que lo hace que para el que lo sufre. Aunque te injurie, no lo injuries tú. Ve en sus palabras una ocasión de aproximarte a la filosofía. Si no las tomas a mal, eres invulnerable. Pero si tu alma se turba contén por lo menos tu emoción en ti mismo. Está escrito: “*Mi corazón se turba dentro de mí*” (Ps. CXLII, 4); es decir, que la pasión, en vez de estallar al exterior, se apacigua como una ola que se deshace en la orilla.

Tal es, en sus rasgos esenciales, esta homilía de San Basilio, que se puede comparar al Tratado de Plutarco sobre el mismo asunto. No solamente adopta el obispo el lenguaje de las abstracciones filosóficas, sino que es maravilloso que, ya en los motivos, o ya en los medios que propone para prevenir o corregir el defecto, sin que se excluyan las enseñanzas cristianas, su pedagogía se alimenta con preferencia de las consideraciones de una ética puramente racional. Lo mismo para los otros vicios del espíritu... Es, evidentemente, un sistema en el que se revela la intención en nombre de la «filosofía cristiana», de contrarrestar la moral profana en su mejor terreno.

NOTAS

- (1) *Hom.* XX. -P. G., t. XXXI; col. 525-540.
- (2) *Hom.* XXII, 8; *ibíd.*, col. 585 y 588.
- (3) *Hom.* XI; *ibíd.*, col. 371-386.
- (4) *Hom.* X. P. G., t. XXXI; col. 353-372.

CAPITULO V

Disciplina de la voluntad

III. PRINCIPALES VIRTUDES MORALES

Es difícil separar, como no sea por abstracción, las dos empresas, positiva y negativa, en que se divide la obra del moralista. ¿Cómo denunciar el mal sin hacer patentes las formas correspondientes del bien? Porque se dirige a las masas, Basilio pone en el primer plano de sus predicaciones y subraya con trazo particularmente vigoroso la censura de los defectos cuya corrección es más urgente para el cristiano. Pero no ha olvidado ponernos ante la vista el conjunto de las virtudes. No se trata de oponer metódicamente a la primera esta segunda parte del díptico moral, y menos todavía formar un repertorio completo de textos a la fuerza numerosos y diversos. Algunas declaraciones tomadas entre las más sobresalientes, bastarán para demostrarnos en qué sentido general y hacia qué fines precisos el obispo de Cesarea tenía la intención —o la ocasión— de orientar la actividad de sus auditores.

I. Nociones teóricas

Sin hacer una teoría de la virtud, nuestro doctor ha dejado la concepción especulativa que él tenía. Por virtud entiende siempre una perfección que es el término y el fruto de nuestro esfuerzo

moral. No piensa en las virtudes inculcadas, sino en las virtudes adquiridas. Aunque son tan variadas como nuestros actos, el obispo de Cesarea emprende su clasificación según la doctrina estoica.

Los que se consagran a estudiar la ciencia de la virtud la han distinguido en virtudes salidas de la especulación y en virtudes no especulativas. Así, la prudencia se origina de la especulación en materia de bien y de mal: la templanza, en el orden de actos que pueden efectuarse o evitarse; la justicia, en lo que concierne a las cosas que han o no de distribuirse; el valor (ἀνδρεία), en lo que se refiere a la noción de lo que es temible o no. De la belleza y de la fortaleza se dice, por el contrario, que no son especulativas. Porque es después de la medida y de la armonía de las meditaciones del alma cuando algunos filósofos han conocido la belleza, según el cumplimiento de las resoluciones formadas por las virtudes especulativas que han definido la fortaleza. Sin olvidar que para que la belleza se añada al alma, para que tenga poder para cumplir la ley del deber, tenemos nosotros necesidad de la gracia divina (1).

Se notará en esta declaración final, donde resalta el color agustiniano. Cualquiera que sea su objeto, las diversas virtudes, según la tradición aristotélica, representan un medio entre dos extremos.

Es derecho del corazón que la razón no se desvíe ni por exceso ni por defecto, sino que se dirija según el justo medio de la virtud. Así, el que tiene poca fuerza peca por debilidad y el que se excede por tener mucha cae en la audacia.

Por esto en las Escrituras se les llama oblicuos a los que se apartan del justo medio, lo mismo por exageración que por insuficiencia. Una línea es oblicua cuando se inclina lo mismo en el sentido cóncavo que en el sentido convexo. Así pueden llamarse oblicuos los corazones que se elevan por la jactancia o se rebajan por los disgustos y el desánimo (2).

De todas maneras, la virtud debe de ser objeto de nuestros constantes esfuerzos.

A los que quieren sacar provecho de todas las cosas les sucede lo mismo que a los grandes ríos que reciben aumento de caudal por todas partes. El dicho de que lo poco se une a lo poco no es sólo útil para aumentar su fortuna, sino para adquirir cualquier ciencia. Al partir su hijo para Egipto y preguntarle cómo podría serle más agradable, Bias le contestó: “Preparándote un viático para la vejez”.

Lo que designaba bajo el nombre de *viático* era la virtud, y la circunscribía en estrechos límites porque quería mostrar el precio en relación con la vida humana. Pero aunque se me hable de la longevidad de Titonos o de Argantonius, o bien entre nosotros de Matusalén... aunque se cuente todo el tiempo que ha transcurrido desde la creación del hombre, yo me reiría de todo esto como de una cosa infantil pensando en este siglo que no envejece y del que no es posible imaginar el término, como no lo es suponer el fin del alma inmortal. Considerando esta vida es como aconsejo que os proporcionéis un viático teniendo cuidado, como dice el proverbio, de remover cualquier piedra que pudiera seros de utilidad. Sin duda es la cosa difícil y laboriosa; pero esto no es una razón para retroceder, acordándonos, por el contrario, de lo que hace un deber de cada uno escoger el mejor camino, persuadidos de que nos será agradable por el hábito que nos hace emprender con ardor la obra del bien.

Nos queda mostrar en detalle los principales puntos del programa de conjunto bosquejado.

II. Virtudes cardinales

Se ha visto que Basilio ponía en primera línea las virtudes cardinales. Se le presentan numerosas ocasiones de explicarse sobre unas y otras.

Sabemos que la prudencia es una virtud general que indica al hombre lo que está bien, lo que está mal y lo que es indiferente... ¿Cómo se llama a la serpiente el más prudente de los animales... y también prudente al servidor infiel? ¿No es evidente que esta palabra tiene dos sentidos? Hay una prudencia que consiste en

buscar las propias conveniencias tendiendo trampas al prójimo...; malignidad pérfida, próxima a coger el interés personal y a desnudar a los simples... La verdadera prudencia es el discernimiento entre lo que debe hacerse y lo que no debe hacerse. Al seguirla es uno fiel a las obras de virtud y se evitan los funestos resultados del vicio. El que se inspira en las leyes de la prudencia distingue a los sofistas, siempre prestos a tergiversar los consejos útiles y lo mismo que un buen cocinero retiene lo que es bueno y aparta lo que tiene apariencia de malo. Esta prudencia inspira al que construye su casa poner los fundamentos sobre la piedra... Nos enseña a no olvidar lo que es necesario y a procurarnos de antemano el viático de la vida para esperar la llegada del esposo (3).

La fe precisa y depura igualmente la noción de justicia.

Esta virtud, que consiste en dar a cada uno lo que le corresponde, es cosa difícil. En efecto, los unos, por falta de ciencia, no saben medir el derecho de cada uno; los otros, dominados por la pasión, hacen desaparecer el derecho por su menosprecio de los pobres y su favoritismo para los poderosos. Por esto el libro de los *Proverbios* promete a sus discípulos enseñarles la verdadera justicia. Muchos están a caza de los aplausos vulgares, mientras que en realidad sus preferencias son la iniquidad y la avaricia, aunque en sus palabras manifiestan equidad y justicia. Advertidos de estos desórdenes, los discípulos de los *Proverbios* sabrán distinguir de las alteraciones falsas la verdadera y sincera justicia (4).

De esta justicia la forma mínima es la honradez, que manda que a nadie se le cause el menor perjuicio. Basilio la recomienda principalmente a los magistrados (5), pero también a los particulares. «Es cosa penosa y que requiere mucho sentido el no perjudicar al prójimo, ni poco ni mucho, no molestarle con palabras, respetar sus bienes, no perjudicar su felicidad» (6). Pero la justicia debe inspirarnos gran equidad en los juicios.

Es propio de un alma grande inaccesible a las consideraciones humanas y llena de justicia, dar a cada uno lo que se merece. Los malos son por ella reducidos a la nada, lo mismo si estuvieran

elevados por el poderío o tuvieran el brillo de la fortuna o del nacimiento, como si hicieran ostentación de toda suerte de pretensiones.

Por el hecho de que la iniquidad se encuentra en ellos se les debe reducir a nada, es decir, negarles toda estima. Por el contrario, si son de los que temen al Señor, aunque sean pobres y de nacimiento oscuro, incultos de espíritu o enfermos de cuerpo, es preciso darles gloria y felicidad.

A propósito del temor, Basilio describe la virtud cristiana de la fortaleza.

Todo temor no es bueno y saludable. Hay, por el contrario, un cierto temor que es nuestro enemigo: el que nos inspira el miedo a la muerte y nos intimida ante la autoridad... Pero el temor saludable, el temor generador de santidad, el temor que se produce en el alma por método y no por emoción pasional, ¿quieres que te diga cuál es? Cuando sientes un impulso al pecado, piensa en el tribunal temible de Cristo... Y bajo el golpe de ese temor como bajo la acción de una brida, retén tu alma ante las malas concupiscencias... (7).

Donde existe este temor es donde reside también la pureza completa de alma; toda malicia o acción impía es puesta en fuga; por medio de este temor los órganos del cuerpo no pueden moverse para nada deshonesto. Quien tuviera clavos por todo el cuerpo estaría impedido de todo movimiento por el dolor que experimentaría. Lo mismo le sucede al que ha adquirido el temor de Dios (8).

*En cuanto a la templanza, no consiste solamente en el gobierno de placeres groseros: comprende la disciplina integra de las pasiones. Más que una virtud es la condición general y el fruto complementario de todas. Para designar este orden íntimo, Basilio ora piensa en el buen estado del cuerpo (9) y habla de la salud o bien evoca las obras de arte para celebrar la *ἀρμοσία* y la *συμμετρία* del alma (10), o nos invita a hacer de nuestros actos una especie de concierto (*οἰοεὶ συνῶδθαι καὶ συμφωνίαν*) (11). Todas imágenes que despiertan de distintas formas la idea de proporción y de equilibrio tan familiares a los sabios griegos.*

III. Virtudes especiales: El desinterés

En el detalle, al deseo refrenado de los bienes y goces terrestres, Basilio se complace en oponer el desinterés. Nada mejor para convencernos de la vanidad de la vida.

Nos es necesario y útil a todos estar prestos como los viajeros y los corredores, buscar por todos los medios hacer nuestra alma ligera en vista de la marcha que hay que hacer, y de marchar recto hacia el fin del camino... ¿No es la vida presente como una especie de ruta marcada por los años como otras tantas paradas? Para cada uno el viaje empieza desde la salida del seno materno y tiene por término la tumba. Todos han de llegar a ella: unos primero, otros después; éstos, después de haber recorrido uno a uno todos los intervalos de su duración; aquéllos, sin haber apenas llegado a conocer las primeras etapas. Los otros caminos que van de una ciudad a otra puede uno desviarse o no penetrar si se quiere. Aquí, aunque quisiéramos retrasar la carrera somos arrastrados por la fuerza y llevados al término fijado por el Señor. Una vez que se ha franqueado la puerta que conduce a esta vida y emprendido el viaje, no es posible dejar de acercarse al fin. Así, salido del seno materno, cada uno de nosotros es llevado por la ola del tiempo; dejamos detrás nuestros días pasados y no hay medio, aunque se quiera, de que vuelva el ayer.

Nos alegramos cuando avanzamos un poco más y nos felicitamos de cambiar de edad como si fuera un beneficio... Pero no pensamos en que cada vez perdemos tanta vida como tiempo hemos vivido... No reflexionamos en que nada es menos cierto que saber cuánto, el que nos ha impuesto este viaje, querrá dejarnos de descanso en la carrera, cuando ante el caminante abrirá las puertas, y todos los días, en consecuencia, es preciso estar prestos para el camino (12).

Basilio recurre a menudo la misma imagen e insiste sobre las consecuencias morales.

La vida es llamada camino porque, entrando en ella, todos vamos hacia nuestro fin. Los que duermen en un barco no son menos llevados de una manera automática hacia el puerto por el

soplo del viento, y sin que lo sospechen su carrera camina hacia su término. Lo mismo nosotros: el tiempo de nuestra vida pasa, y con su paso insensible de ritmo incesante y continuo cada uno de nosotros avanza hacia el fin...

Hemos de asir fuertemente esta idea. Tú, en esta vida, eres como un viajero: todo pasa, todo va quedando detrás de ti. Al borde de un camino has visto una planta, hierba, agua u otra cosa interesante. Lo mismo encuentras guijarros, cuestras, precipicios y rocas, o bestias salvajes, o serpientes, o espinas, o cualquier obstáculo de este género: después de un momento de dolor los ha sobrepasado. Tal sucede en la vida, donde los placeres no son largos ni los dolores perpetuos.

El camino no es tuyo, y los objetos que se te presentan no son de tu propiedad. Hoy cultivas esta tierra, y mañana será de otro, y después de éste, de otro tercero. ¿Ves esas propiedades y esas mansiones suntuosas? ¡Cuántas veces durante su existencia han cambiado de nombre! Se les designaba bajo el nombre de un tal; luego fue de otro; un recién llegado ha tomado posesión, y es otro todavía el que la posee hoy. ¿No es nuestra vida un verdadero camino por el que van tanto uno como otro, y por el cual todos han de pasar? (13).

En estas condiciones, los bienes de este mundo no pueden ser más que trampas del demonio para apartarnos de «lo único necesario».

Si queremos recorrer con seguridad el camino de la vida... nos es necesario dirigir a todas partes vigilantes miradas, tener por sospechosos todos los objetos demasiado agradables y pasar entre ellos sin dejar que nuestra alma se una a ninguno. No, ni siquiera si encontramos el oro sembrado y presto a librarse a quien quiera tomarlo, ni siquiera si la tierra nos presenta todo género de delicias y de lujos... o si se nos convida a bailes y fiestas o a banquetes alrededor de mesas rodeadas de músicos... ni siquiera si podemos recibir poderes o altos mandos... o si se nos promete un alto mando... o un trono brillante y elevado para reinar sobre pueblos y ciudades voluntariamente sometidas a nuestro imperio... En efecto, bajo estos bienes tan seductores se oculta el enemigo común que mira si nos dejamos arrastrar por estas hermosas apariencias para apartarnos del camino recto (14).

La filosofía antigua se complacía en el desarrollo de estos lugares comunes, siempre útiles y singularmente expresivos. Añadiéndole los fuertes colores de las Escrituras, Basilio forma el cuadro más susceptible de impresionar.

IV. Virtudes especiales. La humildad

¿A qué destacarse del mundo si se debe estar satisfecho de sí mismo? La humildad es la forma de destacarse más difícil y la más necesaria. En la homilía que consagra a esta virtud, San Basilio se explica, no sin algunas digresiones, sobre los motivos y los medios para practicarla.

El medio más eficaz para la salvación del hombre, el remedio a sus males, y la vuelta al estado primitivo, es la humildad, que consiste en no atribuirse a sí mismo gloria alguna, sino en dársela a Dios... En efecto, nuestra gloria completa y perfecta está en Dios, cuando en vez de elevarnos por nuestra propia justicia reconocemos que estamos completamente desprovistos, y que sólo estamos justificados por nuestra fe en Cristo. San Pablo se glorifica de menospreciar su propia justicia para buscar la que se obtiene por Cristo, lo que viene de Dios por la fe... Todo pretexto de elevación orgullosa muere aquí. Tú no has conocido a Dios por tu propia justicia, sino Dios quien te reconoce por su propia bondad... Tú no has llegado a Cristo por tu virtud, sino que ha sido Cristo quien te ha llevado hacia El.

A esta mística del más puro estilo de Pablo, Basilio añade los funestos resultados de la presunción.

Si no comprendes que has obtenido gracia, o si con el exceso de tu ininteligencia crees esta gracia tu propio mérito, tú no tienes más valor que el apóstol Pedro. No tendrás nunca para el Señor un amor mayor que el que él le tenía al jurarle querer morir por El. Pero porque habló con demasiada presunción... llegó su cobardía de hombre hasta negar al Maestro... De esta manera comprendió que así como cuando se hundía en el mar fue sostenido por la mano de Cristo, así cuando en la tempestad del escán-

dalo su incredulidad le había puesto en trance de muerte, fue preservado por la virtud de Cristo... El fariseo desmesuradamente orgulloso, que no solamente fiaba en sí mismo, sino que insultaba al publicano ante Dios, perdió la gloria de la justicia por su crimen de orgullo, mientras que al publicano se le hizo justicia. El que se enorgullecía comprometió su justicia, el que se envanecía perdió su recompensa y fue puesto por debajo de un pobre pescador por haberse estimado más que él (15).

Entre los medios de ser humilde, nuestro moralista recomienda la exacta apreciación de nuestras obras.

¿Piensas haber hecho alguna cosa bien? Agradece a Dios sin suponerte superior respecto al prójimo... ¿En qué has obligado al prójimo si, por ejemplo, tú has confesado la fe, padecido el destierro en nombre de Cristo? Será en tu provecho, no en el de los otros. Ten cuidado de no imitar la caída del demonio.

No seas para ti mismo un juez injusto que se pronuncie a tu favor. Si crees tener algún mérito, es a condición de emplearlo bien. Guárdate de enorgullecerte por tus buenas acciones de hoy, y de concederte la absolución por tus malos actos de ahora o de antes. Cuando estés tentado de elevarte por el presente, recuerda el pasado...; este recuerdo hará caer tu tonta fatuidad. Y si ves pecar a tu prójimo, no mires solamente a su pecado, piensa en todo lo que ha hecho o hace aún de bien, y a menudo lo encontrarás mejor que tú mismo, si consideras todo en lugar de dedicarte a un examen parcial.

Más eficaz es aún la meditación de los ejemplos del Salvador.

Niño, fue depositado en una caverna y no sobre una cuna, sino sobre paja. Después vivió en la casa de un carpintero y de una madre pobre, sometido a ella y a su esposo. Preguntaba, y sus preguntas excitaban la admiración de los sabios. Se sometió a Juan y recibió el bautismo de su servidor. Lejos de asistir a sus enemigos, nunca ejerció sobre ellos su potencia inefable... Fue llevado ante los grandes sacerdotes como un culpable, y cuando pudo confundir a sus calumniadores sufrió sus calumnias en silencio. Fue escupido por los criados y los viles esclavos; fue llevado a

la muerte, y a la muerte más vergonzosa... Sus discípulos han recorrido la tierra pobres y desnudos, sin tener el prestigio de la sabiduría ni el apoyo de numerosos partidarios, sino, por el contrario, solos, vagabundos y abandonados, errantes a través de la tierra y del mar, lapidados, perseguidos, muertos por fin. Lo que son otras tantas tradiciones paternas para nosotros y enseñanzas divinas (16).

Basilio termina indicando la manera de ponerlas en práctica.

¿Cómo llegar a esta saludable humildad? Practicándola en todas las cosas. El alma, en efecto, acaba por parecerse a sus gustos; se amolda y se transforma a imagen de sus actos. Que en tu casa todo, vestidos, mesa, lecho y muebles se inspiren en la pobreza. Más aún, que tu palabra, tu canto, tu actitud con respecto al prójimo, se relacione con la modestia y no con el fausto. No haya en tus discursos una pretensión sofística, ni en tu canto una dulzura exagerada. Evita el esplendor en todas las cosas. Sé bueno con los amigos, dulce con la servidumbre, paciente con los pretenciosos, caritativo para los que sufren y los afligidos, sin menosprecio para nadie; amable en las contestaciones, correcto y afable con todos. No hagas tu propio elogio ni encargues a nadie que lo haga. Acusa los pecados sin atender a la crítica de los otros... Oculta, en lo posible, tus cualidades. No seas duro en los reproches; guárdate de regañar a nadie vivamente o bajo los efectos de una emoción; no condenes a los otros por pequeñas cosas, como si tú mismo fueras impecablemente perfecto. En fin, cuida mucho de no glorificarte ante los hombres, para que ellos no se pongan a pensar en su propia gloria. ¿Tienes una dignidad que te vale la atención y las alabanzas de los hombres? No te conduzcas como los poderosos del mundo. Al que quiere ser el primero, el Señor le ordena que sea el último de todos (17).

La paciencia es otro medio de llegar a la humildad.

Lo mismo que sirve para calmar la irritación del alma, así desarraiga al orgullo y favorece la humildad. Es imposible que el que no acepte ocupar el más humilde y el último lugar, si recibe una afrenta domine su cólera o bien si se aflige soporte la prueba.

Por el contrario, el que está en la humildad perfecta es insensible a las injurias; como él se reconoce aún más miserable su alma no se turbará con las palabras infamantes... Si oye que le llaman pobre, se declara a sí mismo un mendigo desprovisto de todo, y que tiene necesidad de pedir al Señor el pan de cada día. Y si se le llama persona vil y hombre de nada, agradece este apelativo y gusta de recordar en su corazón, que se ha formado del barro (18).

Un largo ejercicio de la paciencia da al alma dulzura.

Es la más grande de todas las virtudes. Por esto figura entre las beatitudes *Bienaventurados los dulces porque ellos poseerán la tierra* (Mat. v. 4). Esta tierra que es, en efecto, la Jerusalén celeste, no es la recompensa de los combatientes, sino que es propuesta como la herencia de los pacientes y de los dulces. Pero son llamados dulces los que tanto han arreglado su conducta y moderado las pasiones que su alma no experimenta ninguna turbación (19).

Tal es el programa de perfección espiritual que a fragmentos sueltos ofrecen los discursos de San Basilio a las almas de buena voluntad. Se encuentra en cada línea la común inspiración de la sabiduría racional y del ascetismo cristiano.

NOTAS

- (1) *Hom. in Ps.* XXIX, 5. -P. G., t. XXIX; col. 316-317.
- (2) *Hom. in Ps.* VII, 7; *ibí.*, col. 244-245.
- (3) *Hom.* XII, 6; *ibí.*, col. 397 y 400.
- (4) *Hom.* XII, 8. -P. G., t. XXXI; col. 401.
- (5) *Ibíd.* 9, col. 404-405.
- (6) *Hom. in Ps.* XIV, 4. -P. G., t. XXIX; col. 257.
- (7) *Hom. in Ps.* XXXIII, 8; *ibíd.*, col. 369.
- (8) *Hom.* XII, 4. -P. G., t. XXXI; col. 393.
- (9) *Hexam.*, IX, 4. -P. G., t. XXIX; col. 196.
- (10) *Hom. in Ps.* XXIX, 5; *ibíd.*, col. 317.
- (11) *Hom. in Ps.* XXXII, 2; col. 328.
- (12) *Hom.* XXI, 2. -P. G., t. XXXI; col. 544-545.
- (13) *Hom. in Ps.* I, 4-5. -P. G., t. XXIX; col. 220 y 221.
- (14) *Hom.*, XXI, 1. -P. G., t. XXXI; col. 541.
- (15) *Hom.* XX, 1-4. -P. G., t. XXXI; col. 525 y 529-532.
- (16) *Ibíd.*, 5-6; col. 533-537.
- (17) *Ibíd.*, 7; col. 537 y 540.
- (18) *Hom. in Ps.* LXI, 1. -P. G., t. XXIX; col. 469.
- (19) *Hom. in Ps.* XXXIII, 2; *ibíd.*, col. 356.

CAPITULO VI

Prácticas ordinarias de la vida cristiana

Lejos de reducir su ideal a ser una simple escuela de moral, la Iglesia es una academia de realización. A la vez que proclama a las inteligencias los preceptos cristianos, la organización normal de su vida ofrece a las voluntades el medio de cumplir los más esenciales. Quizás nunca produjeron estas instituciones mejor rendimiento que en este siglo IV en que la Iglesia unía los fecundos desenvolvimientos de la libertad, al fin conseguida con el fervor de los comienzos aún muy próximos. San Basilio no dejó de señalar su importancia, a fin de ayudar al común de los cristianos a recoger sus beneficios.

I. El bautismo

Desde el punto de vista moral, lo mismo que desde el punto de vista dogmático, el bautismo es la puerta de la vida cristiana. Pero si confiere preciosas gracias, también impone penosos deberes. Los cristianos de la época parecen haber sido menos sensibles a los privilegios que a la carga. Así, la costumbre general retrasaba este Sacramento hasta estar próximo el fin de la vida. Para combatir este abuso, San Basilio tiene toda una homilía (1) cuyos acentos recuerdan los grandes sermones clásicos sobre los retrasos de la penitencia.

Lo mismo que el cuerpo no puede vivir sin respirar, el alma no puede estar sin conocer a su Creador. La ignorancia de Dios es la muerte del alma. Quien no está bautizado no ha sido iluminado, y sin luz, ni el ojo puede apereibir los objetos sensibles ni el alma elevarse a la contemplación de Dios. Por esto, la Iglesia convoca en voz alta a sus hijos para, después de haberles dado la enseñanza de los catecúmenos, hacerles gustar el sólido alimento de los dogmas.

Juna instituyó el bautismo de la penitencia, y la Judea entera lo aceptó. Cristo predicó el bautismo de la adopción filial; ¿quién no lo escucharía de los que han puesto en él sus esperanzas? Aquel bautismo fue una introducción, el nuestro es una iniciación. El primero no hacía sino alejar el pecado, éste nos aproxima a Dios... ¿Y piensas, dudas y retardas? ¿Tú, que has sido instruido desde la infancia, no has dado aún tu asentimiento a la verdad? A fuerza de aprender, ¿no has llegado todavía a la ciencia? Novicio toda la vida, aprendiz hasta la vejez, ¿cuándo serás cristiano? Ten cuidado de no hacerte promesas más largas que tu vida. No sabes lo que el mañana te reservará. No cuentes, pues, con lo que no te pertenece.

Te llamamos al buen camino; ¿por qué te alejas de nuestro llamamiento? Te invitamos al goce de grandes bienes; ¿por qué no quieres estos beneficios? El reino de los cielos se abre ante ti; el que te llama no sabe mentir; el camino es fácil y no reclama tiempo ni fatiga. ¿Por qué te retardas? ¿Por qué dudas? ¿Por qué temes a la sujeción como un potro no domado? Es dulce y ligero el yugo y no pesa sobre el cuello. Si distribuyera dinero en la iglesia tú no dirías: vendré mañana y entonces me lo darás. Sino que me lo pedirías en seguida. ¿Y por qué cuando nuestro soberano bienhechor te ofrece no una materia reluciente, sino la pureza de alma, imaginas excusas y pones inconvenientes? Si fueras esclavo de los hombres y fuera propuesta la libertad a los esclavos, ¿no acudirías a la curia pagando a los abogados, suplicando a los jueces para obtener por todos los medios tu libertad? Pero pobre esclavo, no de los hombres, sino de los pecados, cuando Cristo te llama a la libertad para arrancarte de la servidumbre y para hacer de ti el conciudadano de los ángeles para hacerse hijo adoptivo de Dios y heredero de Cristo, dices que aún no es tiempo de recibir estos bienes.

Tristes obstáculos. ¿Hasta cuándo los placeres? ¿Hasta cuándo las delicias? Hemos consagrado al mundo mucho tiempo; guardemos el resto para nosotros mismos. ¿Qué equivale al precio del alma o al reino de los cielos? Absurdas palabras. No tengo tiempo de curarme; no se me aparece aún la luz y, por lo tanto, ¿no es eso lo que tú dices o peor todavía?

Este retraso equivale a decir: reine el pecado en mí primero y luego reinará el Señor. Siendo capaz de trabajo consumes tu juventud en el pecado. Una vez tus órganos gastados los ofreces a Dios cuando nada con ellos puedes hacer. Al llegar la vejez la continencia no es ya continencia, sino impotencia.

La imprudencia de este retardo no es menor que su bajeza.

En resumen, ¿quién asegura el límite de tu vida? ¿Quién te asegura una vejez prolongada? ¿Dónde está la garantía que te inspira tal confianza en el porvenir? ¿No ves niños arrastrados por la muerte y adultos arrebatados? La vida no tiene límite fijo. ¿Por qué miras al bautismo como un don de la fiebre? Entonces no puedes pronunciar las palabras saludables ni quizás comprenderlas, ni levantar tus manos hacia el cielo, ni mantenerte sobre tus pies, ni doblar la rodilla en señal de adoración, ni ser instruido debidamente, ni confesar la fe de manera firme, ni encomendarte a Dios, ni quizás seguir los ritos de tu iniciación.

Y además este recurso in extremis no está seguro siempre.

Guárdate de tener que arrepentirte de tu mala conducta cuando no te sirva ya de nada. Que el ejemplo de las vírgenes (del Evangelio) te sirva de sabiduría. Guárdate a tu vez, ya que difieres de año en año, de mes en mes, de día en día y que descuidas el aprovisionarte de aceite, de caer, en fin, en ese día imprevisto en que las energías vitales desfallezcan en ti, en que sólo habrá a tu alrededor aflicción sin remedio y médicos y amigos desesperados. Con la respiración anhelante, la boca desecada por la fiebre ardiente que te devora el interior, llorarás en el fondo de tu corazón sin encontrar un alma que te compadezca, hablarás en voz baja y no se te oirá o tus palabras serán tomadas como un delirio. ¿Quién te bautizará entonces? Tus parientes estarán abatidos, a

los extraños les será indiferente tus sufrimientos; tu amigo titubea por miedo a causarte tristeza, o quizás el médico te engaña o el amor natural de la vida te hace conservar alguna esperanza. Llega la noche y todo recurso te falta; nadie te bautizará. La muerte está allí, los fúnebres mensajeros se aproximan. ¿Quién te salvará? ¿El Dios que has despreciado? ¿Quieres que te escuche, no es eso? Tan bien como le escuchaste tú. ¿Te concederá un plazo? No has aprovechado los muchos que te ha concedido.

El orador, con la misma energía, responde a algunas objeciones.

Si tus pecados son numerosos no te desespere su multitud: “donde abundó la falta la gracia rebosó”. Si son pecados ligeros y no mortales, ¿por qué te inquieta el porvenir si has soportado noblemente las penas pasadas y sin estar todavía instruido en la ley (cristiana)? ¿Eres joven? Conserva tu juventud con el freno del bautismo. ¿Has pasado la flor de la edad? Guárdate de comprometer el Viático y de perder la prenda de salud y no pienses en la hora oncena como en la primera. Si un médico te prometiera prolongar tu juventud por medio de ingredientes de su invención, ¿no desearías con gusto el momento? Pues el bautismo te promete renovar tu alma que has dejado envejecer, devolver su primera flor a la que tus faltas han cubierto de arrugas y de manchas. Sin embargo, desdénas a tu bienhechor y no crees en su palabra. Conozco tus vacilaciones, aunque tus palabras las disimulan. Tus actos gritan, aunque tu voz calle. Déjame usar de mi carne para los placeres vergonzosos, revolcarme en la basura de los placeres, llenar mis manos de sangre, robar, engañar, perjurar, mentir. Cuando haya terminado con el mal recibiré el bautismo. Si el pecado fuera un bien, deberías conservarlo hasta el final; pero siendo indeseable, ¿para qué continuar en un estado tan funesto?

Se comprende que si Basilio insiste en este punto y con este tono, es porque el rito del bautismo implica la íntegra profesión de cristianismo. Esta perseverancia es la que asustaba a muchos catecúmenos. Nuestro moralista les indica los principales medios.

Pero este tesoro es difícil de conservar, dices tú. Está, pues, vigilante, oh hermano. Tienes si quieres la plegaria para guardar